

TERESA DE LA PARRA: LA HISTORIA DETRÁS DE LA CELOSÍA

A Teresa de la Parra se le suele asociar casi indistintamente con sus dos únicas novelas *Ifigenia* (1924) y *Memorias de Mamá Blanca* (1929), obras que tuvieron un gran impacto entre los lectores de la época y una destacada recepción por parte de la crítica especializada. Sin embargo, una faceta de la escritora venezolana, menos conocida, incluso relegada durante mucho tiempo, la constituye su incursión como conferencista. Marginales y, sobre todo, polémicas, las tres conferencias que impartió Teresa de la Parra en Colombia, en 1930, constituyen un material fundamental para entender mucho acerca de su personalidad, ideología, formación histórica y estética.

Las "Tres conferencias", no se editaron en vida de la autora sino mucho más tarde,¹ con el título de "Influencia de la mujer en la formación del alma² americana", y su primera versión fue redactada a finales de 1929 y comienzos de 1930.³ Una invitación suscrita por el escritor Alcides Arguedas, en-

1 La primera edición apareció en Caracas, Ediciones Garrido, 1961. A partir de ésta se hicieron las de sus *Obras completas*, Caracas, Editorial Arte, 1965 y *Obra*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982. Para estas notas utilicé la edición del texto establecido, presentado y anotado por María Fernanda Palacios, con el título de "Influencia de la mujer en la formación del alma americana". En Teresa de la Parra, *Obra escogida*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (2 tomos). Las conferencias en tomo 1, pp. 11-97.

2 Hay una serie de divagaciones de la misma Teresa en torno al prospecto unificador de las tres exposiciones, se decide a utilizar el término «alma» por considerar que reúne la naturaleza común de la cultura americana.

3 Según la noticia de María Fernanda Palacios en la introducción de las conferencias, p. 13.

tonces ministro de Bolivia en Colombia, le llega a Teresa a París, ciudad donde residía. La invitación es transcrita por Teresa en la introducción a la primera de sus tres disertaciones:

Venir a Colombia a hacer una serie de conferencias que versasen sobre mi persona, sobre la historia de mi vocación literaria y sobre mis libros. No me es fácil explicar a ustedes en qué estado de perplejidad me dejó tan sugestiva y tan peligrosa invitación. Como hasta entonces nunca había hablado en público, me sentí durante varios días en pleno mar de dudas y de tentaciones. Daba vueltas, y más vueltas al dilema: ¿Cómo hacer una conferencia? ¿Cómo asumir el papel de autor presente ante un público, que, si me quería de lejos, era quizás por esa misma circunstancia de no haberme visto nunca de muy cerca? ¿Y la vocación literaria tan intermitente y tan frágil? Pero por otro lado la idea de atravesar el mar durante largos días de paz, remontar quizás muy lentamente el Magdalena y a lo largo de la selva y de los Andes llegar a tantas ciudades familiares y soñadas me llenaba el alma de exquisitas inquietudes.⁴

Cualquier lector precisará en estas conferencias su pasión por el lenguaje, su interés por los temas históricos, su postura en torno a la necesidad de reivindicación social, política, económica y laboral de la mujer, todo esto marcado por su impecable estilo literario.⁵ Estas conferencias, aun cuando obedecen a una especie de paraliteratura, fueron los últimos testimonios de la escritura literaria de Teresa. Su temprana muerte fue antecedida apenas por anotaciones a un diario de convaleciente que no tenían, a pesar de su sello estilístico, conciencia de literariedad.

Teresa de la Parra ancla sus ojos en el punto de partida de la conquista hispánica de América. En su primera conferencia la autora se concentra en desentrañar los hitos fundamentales de la historia americana desde la llegada de los conquistadores españoles. En ese tránsito, destaca la participación de la mujer que en contacto con una nueva realidad, una nueva lengua y unas formas diversas de ver y concebir el mundo, dieron su aporte, muchas veces, o las más de las veces, dejado



4 Teresa de la Parra, «Primera conferencia», p. 16. En lo sucesivo me referiré a las conferencias en su orden respectivo utilizando números romanos I, II y III, anotando a continuación la página correspondiente en la edición citada, n. 1.

5 Hay que advertir, sin embargo, que no hay en ellas un desarrollo de sus ideas feministas, sólo un punto de vista que está en sintonía con diversos planteamientos subyacentes en sus novelas. Como bien afirma Douglas Bohórquez: "[...] el problema del discurso de la mujer en Teresa de la Parra exige una comprensión dialógica y debe ser visto a partir de lo que constituye su aventura creadora fundamental: la generación de nuevas formas narrativas, estético-literarias, que se oponen críticamente a la tradición y le permiten precisamente proponer un nuevo lenguaje de la mujer y correlativamente una nueva visión de la cultura venezolana. Sin la emergencia de una nueva estructura literaria, de una nueva textualidad literaria, este nuevo discurso de la mujer, esta *otra voz femenina* no hubiera podido articularse", *Teresa de la Parra. Del diálogo de géneros y la melancolía*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana-CDCHT-Universidad de los Andes, 1997, p. 97.

de lado por los registros históricos. Desde su sensibilidad y desde su conciencia de lo histórico, Teresa de la Parra da cuenta del papel desempeñado por las mujeres.

En medio de esa confesada «perplejidad» ante la invitación, accede a compartir con su audiencia una importante instancia, la de su vocación literaria, que resulta de gran interés por cuanto la sitúan ante la autoconciencia de la escritura, es decir, le permite leerse a sí misma como autora. Lo que ella concibe como vocación literaria lo resume como una «responsabilidad», que se desdobra en una especie de otredad de la cual la autora se deslinda: "Fuera del nombre, que ha quedado como por distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas. Escrita la primera por una muchacha de nuestros días, de quien nadie sabe aún el paradero; redactada la segunda por una Abuela ya muerta, quien fue en su vida hospitalaria y cariñosa como tantas otras que estas ciudades buenas de América guardan aún bajo sus techos de tejas, tales relatos o novelas no tienen a mis ojos más autoras que esas dos ausentes. Situadas en los extremos opuestos de la vida, se quedaron algún tiempo conmigo, me contaron sus ansias de vivir la una, su melancolía de haber vivido la otra, y terminadas sus confidencias se fueron discretamente a tiempo de editar los libros" (I, p. 18).

Luego dedica el más largo y profundo desarrollo de su conferencia a replantear reflexivamente la «tesis» de *Ifigenia*, su primera novela, en la cual traduce mucho de las ansias y aspiraciones de desarrollo e igualdad de la mujer en un clima enrarecido por el autoritarismo paternalista, que va desde el interior de su familia y que podría leerse como un reflejo velado o proyección del "orden autoritario" que imperaba en la Venezuela de los años veinte. María Eugenia Alonso, la autora del diario, que escribe como consecuencia del fastidio es una indagatoria inteligente, irónica, humorística y cómica a veces.⁶ Teresa subrayaba al respecto:

Son ya muchos los moralistas que con amable ecuanimidad los más o con violentos anatemas los menos, han atacado el diario de María Eugenia Alonso, llamándolo volteriano, pérfido y peligrosísimo en manos de las señoritas contemporáneas. Yo no



6 El aspecto temático tan polémicamente discutido como propuesta ideológica o tesis de la obra entra en sintonía con el problema formal, es decir, la distancia aparente que se produce entre la escritura de una novela que es al mismo tiempo «diario», «confesión», «carta». Como bien lo expresa Osmar Sánchez Aguilera: "La problematicidad de su encauzamiento genérico, tematizada en su discurso, pone de manifiesto la tensa relación del texto con la institución literaria, a través de la convención de los géneros. Primero como carta y luego como diario (adelantado en el subtítulo), producidos además por una escritora «amateur», *Ifigenia* discurre por los márgenes de aquella institución. Fluctúa entre su aceptación y su rechazo". "Escrito al margen: *Ifigenia*". *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, núm. 37, jul-dic. 1995, p. 132.

creo que tal diario sea tan perjudicial a las niñas de nuestra época por la sencilla razón de que no hace sino reflejarlas. (I, p. 18)

Esa conciencia del reflejo, de lo especular, es un elemento constante en esa novela, que no sólo muestra el "reflejo" de la sociedad sino que, desde el punto de vista de la individualidad, nos va a presentar la percepción de la mujer por sí misma a través de la conciencia de lo corporal, de la sensualidad y el erotismo. María Eugenia frente al espejo reafirma su individualidad y con ello su vocación de libertad frente a los otros.⁷ Eso tiene que ver directamente con los cambios que con cierta rapidez van a registrarse en la sociedad, motivados principalmente por los adelantos técnicos, entre ellos, la comodidad del automóvil y del cinema pero, sobre todo, a la cobertura parcial y elitista de la prensa que se iba a oponer a la radio, que —al decir de Teresa— todo lo impregna:



7 Como bien lo ha afirmado Douglas Bohórquez: "A la palabra autoritaria, fría y racional del poder de los hombres, María Eugenia opone la palabra de su cuerpo, su sagacidad de mujer, su inteligencia lúdica, emotiva, intuitiva. Se trata para esta heroína de destino trágico, de la búsqueda de un discurso y de una libertad que sólo la escritura de la carta y del diario, en los límites de su habitación, de su intimidad, parecen otorgar o propiciar", *Op. cit.*, pp. 98-99.

Para que la mujer sea fuerte, sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemigo, ni candidato explotable sino compañero y amigo. (I, pp. 18-19)

La defensa de la libertad, el acceso al conocimiento y a responsabilidades fuera del hogar constituyen las alternativas que en su opinión debían concedérsele a las mujeres. Esto tiene mejor fundamentación en el cuestionamiento que hace la escritora de la "sumisión y pasividad impuestos a la fuerza". Decía la autora:

Los verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es: la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano con que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo, podría haber sido mil veces noble y santa. (I, p. 19)⁸

Sin embargo, no deja de ser paradójica su opinión respecto a la conducta que ella misma pone sobre el tapete en torno al sufragismo, que en aquella época era un derecho ejercido sólo por los hombres.⁹ En

8 La contradicción presente entre los modelos educativos tradicionales y los impuestos por las tendencias «modernas» no siempre era encauzada de manera provechosa, en muchos casos, los efectos eran contraproducentes; como lo ha señalado Mágara Russotto: "La educación de la mujer puede servir de modelo privilegiado para mostrar la tendencia a la perversión de los modelos ilustrados europeos cuando se aplican en América Latina. Transplantados en suelo americano, a la hora de su realización concreta, pueden invertir su propósito y llegar a estimular nuevas formas de exclusión y sometimiento, en vez de la ansiada liberación", *Tópicos de retórica femenina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, p. 25.

9 Es hasta el 15 de mayo de 1945, cuando el presidente Isaías Medina Angarita aprueba las reformas constitucionales que, entre otras, autoriza el voto de las mujeres, que pasan a ser elegibles y elegidas.

este punto reconoce –y entonces la libera su propia ironía– que “las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido la abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece, que junto con los obreros de carbón, es uno de los más duros y menos limpios que existen ¿a qué reclamarlo?” (I, p. 19).

Y con estas aclaratorias, vistas en conjunto como un punto de apoyo a su visión del mundo, subyacente en las novelas, ella misma declara que su feminismo es «moderado», y a sabiendas de que tiene entre sus manos un tema delicado, emprende lo que yo llamaría una justificación histórica al panorama que pretende articular: “el de los nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir, no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado” (I, p. 19).¹⁰ Y de allí arranca la saga de las mujeres que fueron articulando el entramado de decisivas intervenciones, aquellas mujeres cuyas

vidas humildes llenas de sufrimiento y de amor, no se relatan. Apenas se adivinan. Casi todas son indias y están bautizadas con nombres castellanos. Muchas son princesas. Se llaman las más ilustres: doña Marina, doña Catalina, doña Luisa, doña Isabel la guaiquerí madre de Fajardo, el conquistador de Caracas; la otra doña Isabel, mater dolorosa del inca Garcilaso; y otras y otras, pobres esclavas o herederas de cacicazgos que comparten con sus maridos blancos el gobierno de sus tierras y junto con el don de mando les enseñan a usar los zaragüelles de algodón, la sandalia de henequén y el sombrero de palma. (I, p. 23)

El papel de las mujeres en el liderazgo de la construcción del “alma criolla”, como lo llama la autora, pasa por unificar un mismo proceso político que



tendría matices en lo que poco después fueron los estados nacionales independientes, y un mismo des-
empeño que une las geografías con una misma tradición de carencias y silenciamientos. La visión de Teresa en torno a la participación de la mujer en estos hechos es procesual, romántica a veces, un poco nostálgica en medio de su afán de justicia histórica:

Las de la conquista: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la independencia: son las inspiradoras y las realizadoras. En México, en Bogotá, en Lima, en Quito, en Caracas, en Buenos Aires, en La Habana siguen idéntica evolución. Parecen moverse en la misma ciudad, son vecinas del mismo barrio, son hermanas. Sí Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Ecuador guardan su largo martirologio de heroínas realizadoras y amantes. (I, p.)¹¹

Quizás por las pasiones y las polémicas que suscita

10 Es polémica la filiación de Teresa de la Parra al feminismo como militancia, creo que sería más pertinente valorar sus aportes revolucionarios en lo ideológico y en lo artístico a partir de lo literario. Coincido con Douglas Bohórquez cuando afirma: “La aventura de Teresa de la Parra es pues una aventura literaria. Su compromiso inicial y el que reiteran todos sus textos es en el orden de la creación literaria, y no específicamente en el orden del activismo por la defensa de los derechos de la mujer”. *Op. cit.*, p. 97.

11 En una nota a la versión del Ms., que fue descartado por Teresa, María Fernanda Palacios señala los nombres que esa enumeración encierra: “Paola Salvatierra, la mártir colombiana, Manuela Pedraza, la Tucumana, Antonia Santos, Luisa Arismendi, Manuela Sáenz; es a México y al Perú donde he ido a buscar hoy dos humildes [flores] indígenas como prototipos de las primitivas dolorosas”. Véase la nota 52 de la Primera Conferencia, p. 92.

la figura de doña Marina [en ningún momento la llama "La Malinche"], al decir de Márgara Russotto, "símbolo de la mayor traición y bajeza y estereotipo denigratorio en el habla popular mexicana, para Teresa de la Parra ella representa el «otro» proceso civilizatorio que subyace al pavor de la conquista: la portadora de la fusión de las razas, el primer mediador cultural de nuestra historia y de nuestra lengua".¹² Teresa se ocupa de detalles, con la delectación de narradora que la caracteriza, con la sutileza que da importancia a los pequeños detalles, plenos de significación. Se detiene en ellos y ofrece una visión plástica, comprensiva, de la importancia que doña Marina tuvo en la Conquista de México. Indaga precisamente allí donde su intuición de lectora atenta presume el silenciamiento, la omisión o la superficialidad con que la historia —a partir de los cronistas— trata a esta figura emblemática.

Teresa coloca junto al recuento bélico, de soldados y batallas, la importancia de las mujeres que, escondidas entre los pliegues de esos grandes relatos, muchos de ellos verdaderamente épicos, escriben también *su* historia: "La concordia, obra casi siempre de mujeres, es anónima; carece de elementos trágicos; no ofrece material para hacer epopeyas y la felicidad que es poco brillante, no se perpetúa en los libros sino en los hijos, en la fusión fraternal de las razas y en la bondad humilde de la costumbre que va limando las asperezas de la vida hasta hacerla sonriente y grata" (I, p. 26).

De ahí parte la simpatía explícita que en ella despierta esta mujer "entrometida y desenvuelta", al decir de Bernal Díaz del Castillo y que, según Teresa, "obedeciendo a imperativos revolucionarios iniciaba en alas de su amor la futura reconciliación de las dos razas e iniciaba además en América aunque en forma muy rudimentaria aún la primera campaña feminista" (I, p. 27).

Después de ese largo paréntesis en que convoca a los cronistas e historiadores, a su sensibilidad de mujer y a su precisión de narradora, Teresa cierra este primer hito en la valoración de la mujer para refrendar la historia de doña Marina, a quien ella considera "la flor de la narración que no es propiamente una historia sino algo mucho más alto y más bello: un romance en prosa" (I, p. 27).

¿Y de dónde parte y se revivifica el relato y la recuperación de los hitos si no es de la escritura? El doble proceso de decodificar los mensajes ocultos en la escritura de la historia muestra en ella la pasión por decir; su concepción de lo histórico cabalga entonces sobre su propia asunción de la palabra escrita, la cual va en pos de su verdad, es decir, de la que construye en su propia lectura:

Mientras que la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o historia de los no historiadores es absoluta, porque se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia. Además la tradición se va. Hay que quererla doblemente por su utilidad ideal y porque está conde-

12 Russotto, *Tópicos de retórica feminista*, p. 36.

nada a muerte. La imprenta la ha ido devorando. La memoria no se esfuerza en retener lo que ya está escrito y si lo retiene es imitando la forma impresa. Nadie podría ya narrar un hecho como Bernal Díaz o como los autores anónimos de las saetas que escribían no como se escribe sino como se habla. (I, p. 32)¹³

Y como acercando dos geografías con un pasado esplendoroso y sobre todo con figuras femeninas de indiscutible vigor histórico –y hasta casi mítico– Teresa se centra en la vida de la ñusta Isabel, “nieta y sobrina de los últimos reyes peruanos [y que] terminó sus días en el abandono”, a la madre del Inca Garcilaso dedica entonces un emotivo recuento que va marcando pautas fundamentales de su historia –que es familiar y que es política– una vez que Garcilaso, el padre, debió abandonar el Cuzco para sumarse a las fuerzas del virrey Núñez de la Vela cuando estalló la guerra a muerte contra las fuerzas de Gonzalo Pizarro.

UNA MIRADA FEMENINA DETRÁS DE LA CELOSÍA

La segunda conferencia da continuidad histórica a la primera, es decir, vuelve al recuento del proceso de fusión cultural entre España y América, pero de una manera muy particular y personal lo feminiza. Habla de la Colonia como si se tratara de un cuerpo vivo que se ha ido nutriendo de días, es decir, de muchas historias. La palabra y la escritura dan el ritmo a esa recuperación del pasado que –según su visión del proceso– no ha muerto sino que se ha transformado bajo la mixtura de muchas voces:

Para hablar de la Colonia hay que tomar el tono llano y familiar de la conversación y de los cuentos: el tono que toma la abuela de palabra fácil que vivió mucho y leyó muy poco; o el que toma el negro viejo que adherido siempre a la misma casa o a la misma hacienda, confunde entre imágenes sus propios recuerdos con el recuerdo de cosas que otros le contaron. Para hablar de la Colonia es preciso narrar, es preciso hablar a menudo de sí mismo [...] (II, p. 37)

Teresa expone su confesa fascinación en lo que lee, y más aún por lo que aprendió de oídas. Lo que menos importa es la anécdota, y privilegia el efecto del pasado en su presente; no por ello desea haber vivido en la Colonia, con todo lo que la valora y admira; está plena y agradecida –según confiesa– con todo lo del tiempo que le ha tocado vivir, y aquí está la vuelta de tuerca en su mirada hacia la herencia colonial, se opone a sus valores estáticos; de esa Colonia «recuperada», de la cual ella se siente heredera, es que surge su

13 Más recientemente, en esa misma línea ha escrito Walter Ong: “La escritura hace que las palabras parezcan semejantes a las cosas porque concebimos las palabras como marcas visibles que señalan las palabras a los decodificadores: podemos ver y tocar tales ‘palabras’ inscritas en textos y libros [...] La tradición oral no posee este carácter de permanencia. Cuando una historia oral relatada a menudo no es narrada de hecho, lo único que de ella existe en cierto seres humanos es el potencial de contarla”, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 20.

impulso revolucionario, su voluntad de cambio: "En lo que me concierne debo decir que casi toda mi infancia fue colonial y que la necesidad de reaccionar contra ella en una edad en que todos somos revolucionarios tanto por espíritu de justicia como por espíritu de petulancia fue la causa que me impulsó a escribir" (II, p. 38).

Así, bien situada en el reconocimiento de que toda revolución lleva implícitamente su propia reacción, reconoce que la esencia de la Colonia, que no se borra con los perfumes del cambio independentista, siguió latente; su transformación sería más lenta y natural tal vez. Del mismo modo en que lo había expresado José Martí: una vez concluida la independencia, la colonia había seguido viviendo en las mentalidades. Teresa de la Parra señala que "la independencia como toda revolución o cambio brusco, sólo alteró cosas exteriores. El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos. Enemigo en la práctica de las ideas revolucionarias, fuentes de la independencia, vivió en contradicción con su propia obra" (II, p. 38).

Ya se ha advertido que la visión de la historia que tiene Teresa de la Parra no soslaya el encanto, la fascinación que en ella despertó el modelo colonial que como una atmósfera conoció desde que era niña. Igual sucede, ya en lo menos abstracto, con la presencia de una monja



que era para ella la imagen de ese eslabón que unía pasado y presente, Colonia y República. Todavía sin conciencia de la historia, en su propia percepción como la niña de entonces, y su valoración como mujer adulta, maneja las dos instancias que sirven de soporte a su visión, un poco paradójica a veces, entre la mujer de la Colonia y la republicana. En su admiración por la monja recae su propia mirada hacia el pasado. Para ella las monjas eran: "las amantes del silencio, las eternas sedientas de vida interior y, aunque parezca contradictorio, las precursoras del moderno ideal feminista" (II, p. 40). En medio de las paradojas, y de lo que representa la recuperación de un paso que pretende ser borrado por medio de la negación, no todo para ella debía quedar en ese pasado condenatorio, y no por ello era menos revolucionaria. Creo que esa perspectiva es más dialéctica que ecléctica porque sustenta una visión de cambio dinámico, procesual y no solamente el cuestionamiento de lo abrupto que fue la transición independentista. Su conclusión es positiva: "Digan lo que digan sus detractores, es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias".

Teresa de la Parra entronca su visión abierta hacia los símbolos que en la América colonial adoptaron las vidas enclaustradas con el propósito de vivir más cerca de Dios y de los libros, como el caso tan célebre que Teresa alude de Juana de Asbaje en el México virreinal, o de la Madre Castillo, la clarisa de Tunja.

Teresa de la Parra va a la Colonia

nuevamente como frente a un espejo, en su tradición espera verse reflejada. Tras la celosía de los conventos observa cómo aquellas monjas ven pasar el tiempo y con él los cambios. Pero ella se aferra a lo que posee, a aquello en lo que se reconoce: personas, ciertos hechos, los recuerdos; todo esto son instancias donde asume una deuda, la del “cariño casi místico que siento [...] por la vieja tradición criolla que se va” (II, p. 51).¹⁴

EN VÍSPERAS DE LA INSURGENCIA INDEPENDENTISTA

La tercera conferencia centra su atención en la “influencia decisiva y medio oculta que van a tener las mujeres en la Revolución o Guerra de Independencia”. En ésta prevalece el pulso sostenido de la narradora. La evocación de espacios y objetos corresponde con la parsimonia de una mirada que se va posando sobre los detalles, creando un *tempo* que mezcla elementos de la realidad con la ficción.

En medio de esa atmósfera definitivamente narrativa, Teresa de la Parra comienza a situar los hechos históricos, y lo hace, precisamente, co-

mentando el impacto que tuvo en las colonias de América la expulsión de los jesuitas en 1767. Este hecho se encuentra entre los puntos de partida de la insurgencia independentista. En este marco fue importante la participación de las mujeres: “En América, las mujeres seguían llorando en los ausentes a sus hijos, a sus hermanos, a sus directores de conciencia. Las demás órdenes religiosas mal preparadas para ejercer la dictadura espiritual por menos sutiles y por ser rivales, responsables hasta cierto punto de la expulsión, no llegaron a ocupar nunca el lugar que dejaba vacío la Compañía de Jesús” (II, p. 61).

Las mujeres desempeñaron un papel fundamental también respecto al resguardo y circulación de los libros prohibidos; Rousseau, Montesquieu, Voltaire, andaban de mano en mano bajo el control y el celo de las mujeres que siempre encontraban la manera de burlar la censura de las autoridades coloniales:

Pasarse el secreto de los libros prohibidos era un *sport*. Leerlos era una delicia, no por lo que dijeran sino porque los prohibía una autoridad que no penetraba en la conciencia. A fin de cuentas era el contagio inevitable y virulento de la Revolución Francesa que transmitía la misma España y que respondía en América a cambios y reformas urgentes a la dignidad criolla. (II, p. 62)



14 Como señala Mária Russotto, “su delicada atención hacia el sentido de los detalles de la vida familiar en la colonia, que hasta la década pasada era suelo intocado y «reinado sin crónica ni cronista de las mujeres»; su natural desconfianza hacia lo altisonante del discurso oficial [...] su intimidad precursora con la cultura de conventos; su libertad y agudeza críticas y, en fin, la sutileza de sus interpretaciones, la convierten en una figura paradigmática de nuestro feminismo irónico, ilustrado y de actitud defensiva, de las primeras décadas del siglo”, *Op.cit.*, p. 35.

Teresa de la Parra tiene muy claro que no se trata solamente de hablar sobre esas mujeres nombradas por la historia, que ya ocupan un lugar preponderante en cada uno de los países donde combatieron y en muchos casos, ofrendaron sus vidas, de lo que se trata es de reivindicar a esas "mujeres anónimas, a las admirables mujeres de acción indirecta a quienes quisiera rendir el culto de simpatía y de cariño que merece su recuerdo" (III, p. 63).

En esta conferencia gira el timón para dejar que su imaginación se remonte; por este medio reconstruye instantes llenos de vivacidad y colorido; se vuelca hacia los años de infancia, formación y primera juventud de Simón Bolívar.¹⁵ En ese entorno, destaca la presencia relevante de aquellas mujeres que fueron compensando la carencia materna y, al mismo tiempo, ayudando a definir su personalidad; en primer lugar la Negra Matea, su nodriza; luego, María Teresa Rodríguez del Toro, quien fuera su esposa durante apenas seis meses. Luego de la muerte de su esposa, Bolívar retorna a Europa; en París es su prima Fany de Villars, quien le ayuda a superar el trauma de su prematura viudez. Fany de Villars aparece como el eslabón que une el dolor, la tristeza y el abandono del futuro Libertador, con su propio ímpetu. Ella ayuda a que despiertan en él sus ánimos de vivir y proyectar una empresa grande. Los mismos ánimos que lo llevaron de nuevo a la presencia modeladora de su maestro Simón Rodríguez, y al estímulo que la pasión por América le revela Alejandro de Humboldt. Este nuevo impulso lo hace retornar a Venezuela; lejos se quedan los días de bohemia, desvelo y despilfarro de joven rico y viudo prematuro. Bolívar retorna al puerto de la Guaira y, escribe Teresa: "Hacia uno de los más bellos destinos que haya tenido de la Historia hombre alguno" (III, p. 73).

La pasión por el relato y la identificación afectiva que mueve la autora hacia el personaje, hace que ella misma sienta y exprese sus motivaciones para esbozar su plan de escribir una biografía sentimental de Bolívar, que nunca se hizo realidad.¹⁶ Y por supuesto, no podía faltar la importancia que tuvo en vida de El Libertador la figura de Manuela Sáenz, Manuelita, La Libertadora del Libertador, como se le conoce en la Historia:

La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza, el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien

15 El texto de esta conferencia corresponde, con diversas modificaciones, a la que la autora leyó en La Habana. Al respecto la divergencia de opinión entre la cronología de Velia Bosh, que afirma que dicha conferencia sobre Bolívar fue leída por Teresa en La Habana en 1927 cuando asistió como invitada al Congreso de la Prensa Latina, en 1927 (Cfr. "Cronología", en Velia Bosh, *Teresa de la Parra ante la crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1982, p. 236. Id. En "Cronología", Teresa de la Parra, *Obra*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 714) y la refutación que hace María Fernanda Palacios. Véase la nota 1 a la tercera conferencia, en *Obra escogida*, edic. cit., pp. 95-96.

16 En sus reseñas biográficas y cronologías, los autores no dejan pasar este dato, que sólo se quedó en proyecto.

sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción, no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución, no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer *après guerre* de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela. (III, p. 74)

En la historia de América, la figura de Manuela Sáenz “el más accidentado y pintoresco” de los amores de Bolívar, se debate entre la admiración y el estigma; entre la devoción y el rechazo. Teresa la ve con ojos de justicia; la valora, la destaca. Su fuerza y valentía, su arrojo y decisión; pero sobre todo su fidelidad, primero al hombre que decidió seguir, y luego a su recuerdo cuando éste ya había dejado el mundo. Manuela fue un prototipo, en medio de la adversidad del momento histórico que le tocó vivir. En breves trazos, no sin matices épicos, Teresa de la Parra relata los hitos más importantes de la vida de esta libertadora quien murió desterrada, pobre y abandonada, vendiendo jarabes en el pequeño puerto de Paita, en el Perú. Manuela es valorada en la justa dimensión de su dignidad:

Llevando así con orgullo hasta la vejez su título de Libertadora, doña Manuelita aparece como el tipo de la mujer fuerte. Personal y rebelde se fabricó ella misma su código de moral y dentro de él fue consecuente y fiel hasta la muerte. Algunos hallarán paradójica esta afirmación tan contraria a la opinión corriente y habrá quien se escandalice por ella. Pero que aquel que estando en la miseria sea capaz de renunciar a una herencia por rendir culto a un recuerdo que le tire a doña Manuelita la primera piedra. (III, p.78)

A las mujeres de la Colonia las llama Teresa místicas y soñadoras; y en homenaje a ellas reconstruye un mosaico vivo por donde se cuela la anécdota y el testimonio de los testigos cercanos. Ella es la escucha y al mismo tiempo la escritura, la que redefine los contornos de aquellas mujeres refundidas en el presente. Su mirada desparrama su simpatía al instante en que valora los complejos legados de la Colonia, esa Colonia nuestra, la de todos, la que se quedó guardada aquí para regalo de los caminantes, la que supo ser una siendo múltiple lo mismo que los grandes misterios sagrados de religión y de amor (III, p.84).

Las de la Independencia, artífices eficaces de los cambios que, con las armas o sin ellas, encontraron la ocasión y la pertinencia de su desempeño. En medio de esas coyunturas históricas, Teresa de la Parra revive, junta los pedazos dispersos del fresco histórico, y con su «lengua viva», que es pasión por la escritura, plasma esa devoción por aquellos hitos del pasado que, en su juicio y valoración, ayudaron a forjar su presente. LC